

EL GRAN HEROE AMERICANO

Alan Bates era toda una celebridad, más de lo que había sido el mismísimo Neil Amstron desaparecido hacía más de cien años, pues fue el primer hombre en pisar Marte la década anterior. Siempre que tenía la ocasión narraba su gesta con gran profusión de detalles, llegando incluso a aburrir.

Por su cincuenta cumpleaños invitó a todos sus amigos y a la prensa de todos los medios por la tarde en el jardín de su mansión, regalo del Gobierno. Tras apagar las velas de una gran tarta, ofrecería un pequeño discurso, que sin embargo se trataría de una gran sorpresa, la cual iba a tener unas explosivas consecuencias en todo el planeta Tierra, y muy posiblemente en todo el sistema solar.

Tras apagar la cincuentena de velas de un par de prolongados soplidos, todos los allí congregados, aplaudieron y vitorearon al astronauta retirado. Alan se acercó al micrófono dando las gracias con las manos en alto. Ya dispuesto, con media sonrisa, comenzó diciendo:

“Ya soy un día más viejo. Pero gracias, muchas gracias.”

Hubo risas generalizadas. Alan continuó:

“Conocéis de sobra mi historia, la historia de mi gesta marciana. No me puedo quejar de la vida que he tenido. Tan solamente añoro no haber tenido esposa y por lo menos la parejita.

-¡Eres el más grande! - gritó alguien al fondo.

-¡Más que Neil Amstron! - apoyó otra lejana voz.

“Gracias nuevamente. Hoy es el día que debo ser más sincero. Posiblemente sea mi último día, y nunca más vuelva a veros. No puedo seguir viviendo así.”

El silencio que se hizo fue total, duro y seco.

“En realidad no soy ningún héroe, mas bien un títere, una marioneta.”

Todos seguían mudos. Algunos se arrascaban la cabeza, otros se hurgaban los oídos, unos cuantos cogieron sus móviles ...

“No he sido el primer hombre sobre Marte. Os han engañado como a niños, por no decir como a imbéciles ignorantes. Es más, los marcianos existen, vaya que si existen.”

Un hombre con gafas de sol y traje oscuro, se puso delante de Alan haciendo ademanes para que se callase de inmediato, pero no le hizo el menor caso. Las televisiones dejaron de emitir el revelador discurso.

“Posiblemente muera en pocos minutos o segundos, pero he de continuar, ya no puedo detenerme. Marte es más azul que rojo y tiene una atmósfera respirable para el ser humano. Sus moradores nos visitan desde hace siglos, puede que incluso milenios, y ya se han reunido con nuestros mandatarios en incontables ocasiones.”

Nadie se podía creer lo que estaban escuchando por aquella modélica boca del gran héroe americano. Los periodistas disparaban sus cámaras fotográficas constantemente, y las grabadoras no paraban de registrar algo tan histórico.

“La primera delegación de la Tierra partió hasta Marte en abril de 1970. Actualmente viven en Marte más de doscientos humanos. Sólo sabe Dios con qué fines concretos. Los marcianos tienen bases además de en nuestro planeta, en la Luna, Ganímedes, Europa, Titán ...”

Alan hablaba con celeridad, como si tuviese mucha prisa. Dos hombres más vestidos con trajes oscuros y con gafas de sol y pinganillos en las orejas, irrumpieron en el jardín con las manos escondidas tras sus anchas espaldas.

“Nos están engañando desde hace demasiado tiempo, y nos seguirán manipulando. Sus intereses son bastardos, ruines ... Tenemos que asaltar la Nasa, la Casa Blanca, el Congreso. ¡Desde aquí os animo a conocer la verdad! ¡Debemos recuperar la verdadera libertad de la Raza Humana, y entonces ...”

Los dos hombres con trajes oscuros sacaron cuatro metralletas y nadie quedó vivo en el jardín. Los tres hombres de la CIA registraron el cadáver de Alan, luego los demás cuerpos abatidos requisando todos los aparatos que llevaban. Después buscaron por toda la casa, y la arrasaron.

Los desmentidos de la Casa Blanca no tardaron en llegar a la prensa de todo el mundo. Se mostraron unos certificados médicos que demostraban que Alan había enloquecido, por lo que había sido recluido en un manicomio, aunque en realidad se trataba de otra persona sometida a cirugía estética y a una lobotomía; por su puesto que lo mostraron por televisión sin dejar de dar vueltas por la celda de máxima seguridad. En cuanto a los familiares y conocidos de los asesinados en la fiesta de Alan, unos fueron amenazados de muerte si decían lo ocurrido, y otros, la gran mayoría, directamente deportados a Marte. Solamente unos pocos investigadores no fueron tan crédulos como el resto de la inocente humanidad, la cual seguía a lo suyo como si nada, ignorando todo peligro día y noche. ¡Cuanta gente desaparece y no deja ni rastro! ¡O regresan pareciendo otras personas al haber sido intervenidas cerebralmente! Para aquellos hombres incrédulos se habían confirmado sus sospechas de antaño. Todo estaba muy claro. Sin embargo poco o nada podían hacer. ¿Algún otro cosmonauta se atrevería a dar la cara otra vez? ¿O alguien de la Nasa, de la CIA o del FBI lo haría? Era casi imposible. Alan Bates sí que fue el Gran Héroe Americano.